

## LA ENFERMEDAD COMO OBJETO\*

Claude Smadja

junio 2018

(traducción: José María Franco Vicario)

Los Fundadores de la Escuela de París de Psicósomática, Pierre Marty-Michel Fain--Michel De M'Uzan y Christian David, revolucionaron el concepto de los hechos psicósomáticos al crear un nuevo modelo teórico establecido sobre fundamentos psicoanalíticos freudianos. Este modelo reposa sobre una base metapsicológica cuya estructura obedece a las tres dimensiones clásicas de la tónica, de la dinámica y de la economía. En el centro de este nuevo modelo teórico, figuran las pulsiones que animan permanentemente los procesos psicósomáticos. En el nuevo terreno de la psicósomática psicoanalítica, la segunda teoría freudiana de las pulsiones es la que se presenta como pertinente para entender los procesos psicósomáticos.

La revolución conceptual de la Escuela de París solo se puede entender a través de la ruptura que instaura con el modelo anterior de la medicina psico-somática. Este antiguo modelo elaborado por la Escuela de Chicago de Franz Alexander, es un modelo dualista que reposa en la asociación entre dos lógicas de funcionamiento heterogéneo: el funcionamiento mental y el funcionamiento orgánico.

El nuevo modelo creado por los Fundadores de la Escuela de París, reposa en una concepción monista que integra los hechos psíquicos y los hechos somáticos en una misma lógica psicoanalítica. Por ello, la construcción de este nuevo modelo teórico, constituye una superación del dualismo psique-soma.

\*Conferencia de la "Jornada con Claude Smadja" del CPAB, Bilbao, 16 de febrero del 2019.

Aquí reside la revolución de la Escuela de París. Esta revolución en el concepto de los hechos psicosomáticos se ilustra mediante la creación de un término nuevo, el de somatosis. Se trata de un neologismo construido por analogía con los términos de neurosis y de psicosis. El término de somatosis implica la existencia de una organización individual de tipo psicopatológico que comporta a la vez hechos de tipo psíquico y una solución sintomática de tipo somático, el conjunto está ligado lógicamente, tanto desde el punto de vista de la dinámica como desde el punto de vista de la economía. Veremos cómo el libro colectivo “*La investigación psicosomática*”, codirigida por Pierre Marty - Michel De M’Uzan y Christian David, y publicado en 1963, da cuenta de esta revolución del pensamiento en el nuevo terreno de la psicosomática. Los autores tienen plena conciencia de la sorpresa que su nueva concepción de los hechos psicosomáticos puede generar en la comunidad de psicoanalistas: << Los psicoanalistas podrían estar sorprendidos de vernos sobrepasar ciertas posiciones habituales con la intención de añadir, lo más ampliamente posible, lo somático con la misma dinámica y la misma energética que las que rigen la vida mental de sus enfermos>>.

A partir de una evaluación clínica y de un análisis metapsicológico minucioso y profundo, Pierre Marty - Michel De M’Uzan y Christian David, describieron lo que llamaron “una organización psicosomática individual” definiéndola según tres ejes clásicos de la metapsicología psicoanalítica: el eje dinámico, el eje económico y el eje tópico

<<La ausencia de organización neurótica o psicótica propiamente dicha, no significa de ninguna manera, señálemoslo, la ausencia de nudos conflictuales fácilmente observables. Por otro lado, los instrumentos utilizados por los enfermos para tratar estos conflictos, así como sus problemas de relación, participan de una verdadera *organización psicosomática* cuya base está formada menos por mecanismos mentales que por actividades sensorio-motoras y diversas modalidades funcionales fisiológicas más o menos aisladas, sobrecargadas o distorsionadas>>.

Aquí, vemos claramente cómo otros autores entienden la dinámica conflictual en los pacientes psicósomáticos, incluyendo una solución específica representada por la enfermedad somática. Los medios utilizados por el Yo, en el seno de esta organización psicósomática para acabar con una sintomatología de tipo somático, manifiesta, a partir de ahora, lo que nosotros llamamos el trabajo del Yo. Vemos aquí que este trabajo de elaboración por el Yo se opone al trabajo que lleva a una sintomatología de orden psíquico, neurótico o psicótico. Esta variedad de trabajo del Yo de orden psicósomático, reposa en grandes transformaciones de orden económico: <<De esta manera, dicen los autores, hemos llegado a extender el punto de vista económico freudiano hasta englobar toda la cadena de las funciones somáticas>>. Esta noción de extensión propuesta aquí por los autores psicósomatólogos, concierne el pasaje de un terreno psíquico a otro somático, dicho de otra manera, el pasaje de una energía pulsional entre dos terrenos heterogéneos, el uno al otro.

Como lo veremos más tarde, este pasaje supone la transformación de una cualidad de energía pulsional de tipo libidinal en una cualidad de energía descalificada, es decir, habiendo perdido su cualidad libidinal al convertirse en energía orgánica. En fin, el punto de vista tópico se precisa claramente por los autores de *“La Investigación Psicósomática”* que señalan el gran papel del Ello como intermedio entre el mundo psíquico y el mundo orgánico: << por otro lado, una extensión parecida se realiza para la tópica, que conduce concretamente a acusar la importancia de la vertiente orgánica del Ello. En consecuencia, el terreno propio de la actividad mental se encuentra incluido en un conjunto estructural más vasto, al mismo tiempo que sus conexiones con los datos más somáticos se encuentran expuestos a la luz>>.

La revolución conceptual que inaugura el nacimiento de la psicósomática psicoanalítica nos ofrece aún una innovación de gran envergadura. Ya que el nuevo modelo teórico construido por los Fundadores de la Escuela de París, atribuye a la enfermedad somática un papel de *objeto*. La somatización se convierte en un nuevo objeto para el

Yo. En este sentido representa para el Yo una solución, respecto a una situación conflictiva que le desborda y que, al mismo tiempo, amenaza su unidad y su organización: << De una manera general, el enfermo psicossomático da la impresión de que su interés profundo está absorbido por lo que podríamos llamar un *objeto interno somático*.

Pero este, a diferencia, por ejemplo, del objeto interno del neurótico, presenta una opacidad de sentido, una resistencia a la interpretación y, entre otras cosas, se presta mal o nada a ser retomado en una actividad mental consciente, fantasmática o intelectual>>.

La noción de trabajo psíquico es familiar a la metapsicología psicoanalítica. Es equivalente a la noción de elaboración psíquica. Representa la función gracias a la cual el Yo trata y domina las excitaciones pulsionales. En este sentido, el trabajo psíquico conduce a soluciones variables, sintomáticas o no, en relación con la organización psíquica habitual del sujeto. Desde este punto de vista, podríamos establecer una nosografía clínica de las modalidades del trabajo psíquico concluyendo unas veces en una forma neurótica, en otras, en una fórmula psicótica e, incluso, por ejemplo, en una fórmula somática.

La noción del trabajo aparece varias veces en la literatura psicoanalítica. En Freud encontramos el trabajo del sueño y el trabajo del duelo; en Benno Rosenberg encontramos el trabajo de melancolía; y en Michel De M'Uzan encontramos el trabajo del "traspaso" de la vida a la muerte.

Examinemos las definiciones aportadas por los psicoanalistas a la noción de trabajo.

Como se sabe, Freud consagró una parte importante y fundamental de su obra a la cuestión del sueño y de su interpretación. Para entender bien el *trabajo del sueño* es necesario considerar que <<el sueño es un medio de supresión de las excitaciones psíquicas que alteran el dormir. Esta supresión se efectúa con la ayuda de la satisfacción alucinatoria>>.

Esta definición del sueño, implica que durante la noche el Yo se confronta a un exceso de excitaciones que amenaza la continuación del

dormir. A esta situación la podríamos calificar de traumática, lo que incita al Yo a encontrar una solución que permita que se desarrolle sin rodeos una de sus funciones vitales como es el dormir. El sueño es esta solución. El trabajo del sueño es el conjunto de las operaciones que transforman el sueño latente en sueño manifiesto. Estas operaciones son cuatro en total: la condensación, el desplazamiento, la toma en consideración de la figurabilidad y de la elaboración secundaria. Tienen principalmente como objeto los pensamientos latentes o inconscientes, los restos diurnos de la víspera y diversas sensaciones corporales. Dice Freud que en el trabajo del sueño <<se trata evidentemente de transformar en imágenes concretas, preferentemente de naturaleza visual, las ideas latentes concebidas verbalmente... El trabajo del sueño hace que las ideas sufran un momento regresivo, un desarrollo retrógrado y durante esta regresión, debe desaparecer todo lo que el desarrollo de las imágenes-recuerdos y sus transformaciones en ideas pudieron aportar a título de nuevas adquisiciones>>. Es lo que Freud señala aquí como función fundamental de *transformación*. El trabajo del sueño es pues un trabajo mediante el cual el Yo transforma ciertos materiales psíquicos en otros materiales de calidad nueva. Y entendemos que por ello el sueño, conclusión del trabajo de transformación del Yo, se convierte para él en un nuevo objeto de investidura. <<El sueño no es otra cosa que el efecto del trabajo de elaboración: es pues la forma que este trabajo imprime a las ideas latentes>>.

Resumamos lo que hemos aprendido acerca del trabajo del sueño.

En primer lugar, el trabajo del sueño se inicia por una situación conflictiva que opone las reivindicaciones narcisistas del Yo a las reivindicaciones libidinales de tipo objetal. En segundo lugar, el trabajo del sueño es fundamentalmente un trabajo de transformación psíquica. Por último, el trabajo del sueño conduce a la creación de un objeto nuevo de tipo psíquico: el sueño.

Freud describió otra modalidad de trabajo psíquico: *el trabajo del duelo*. En 1915, en su célebre estudio sobre la comparación entre duelo y

melancolía, Freud planteó las bases analíticas del trabajo del duelo. De una manera general, el duelo y la melancolía se entienden como soluciones diferentes frente a la pérdida de objeto.

Recordemos que toda pérdida de objeto conlleva desde el punto de vista pulsional un estado de desintrincación que tiene como consecuencia el aumento de la destructividad interna, lo que constituye una amenaza para la unidad y la organización del Yo. A partir de aquí, el trabajo del duelo sigue una vía diferente que la que conduce a la melancolía. Freud se pregunta: << ¿En qué consiste, entonces, el trabajo que opera el duelo? El examen de la realidad mostró que el objeto amado ya no existe, y desde entonces se propone la exigencia de retirar toda la libido de sus conexiones con este objeto...lo que es normal es que el respeto de la realidad se haga con la victoria. Pero la tarea asignada por la realidad no puede ser cumplida inmediatamente. En efecto, se ejecuta por partes con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura y mientras tanto la existencia del objeto perdido se constituye psíquicamente.

Cada uno de los recuerdos y de los proyectos, tomados uno a uno, en los que la libido se asociaba al objeto, se posiciona, sobreinvertido y sobre cada cual se efectúa un desprendimiento de la libido... Ocurre que, cuando se acaba el trabajo del duelo, el Yo se vuelve libre y no inhibido>>.

Para Freud, vemos claramente que el trabajo del duelo es un trabajo de *desprendimiento* de la libido del objeto perdido. Esta *desinvertidura libidinal* del objeto perdido está condicionada, por un lado, por el respeto de la prueba de realidad y, por otro, por el beneficio narcisista que el Yo del afligido experimenta al sentirse vivo. El acabamiento del trabajo del duelo se representa por una ganancia de disponibilidad para el Yo en sus nuevas investiduras de objeto.

Resumamos lo que hemos aprendido del trabajo del duelo:

En primer lugar, el trabajo del duelo se inicia por una situación conflictiva que procede de una pérdida de objeto. En segundo lugar, el trabajo del duelo es un trabajo de transformación por el que toda o parte de la investidura libidinal fijada sobre el objeto perdido, encuentra su disponibilidad y sus potencialidades al servicio del Yo. Por último, es el

propio Yo que se modifica después del trabajo del duelo a través de sus nuevas capacidades de investidura.

Si Freud llamó *el trabajo de melancolía* en el estudio precitado, *Duelo y Melancolía*, Benno Rosenberg es el que hizo un estudio completo y profundo del mismo. Para él, si el trabajo del duelo tiene como tarea principal el desprendimiento de la investidura libidinal del objeto perdido, el trabajo de melancolía tiene por tarea el crear las condiciones psíquicas de una capacidad para desprenderse del objeto perdido. Recordemos un dato diferencial fundamental entre el Yo del afligido y el Yo del melancólico.

El Yo del afligido es capaz de establecer con sus objetos relaciones llamadas de objeto, que respetan la objetividad del objeto y su alteridad. Por el contrario, el Yo del melancólico establece relaciones llamadas narcisistas con el objeto, lo que quiere decir que el Yo del melancólico busca encontrar en el objeto algo de su propio Yo. Por ello, el problema planteado al melancólico es que, al desprenderse del objeto, corre el riesgo de desprenderse de sí mismo. Esta operación es pues imposible e inviable para él. Todo el trabajo de melancolía consiste pues en encontrar otra solución para transformar la situación creada por la pérdida del objeto. << Definimos hipotéticamente la diferencia entre trabajo del duelo y trabajo de melancolía diciendo que, en el primer caso, se trata de realizar el desprendimiento del objeto perdido, mientras que en el trabajo de melancolía se trata, antes que el desprendimiento sea posible, de asegurar la capacidad para desprenderse>>.

Luego la vía seguida por el Yo en el trabajo de melancolía es la de la identificación al objeto perdido. << Pero lo que el trabajo de melancolía nos muestra, es una situación donde la identificación es la única posibilidad de elaboración. Desde este punto de vista, el trabajo de melancolía es una experiencia crucial donde la identificación es la única solución, capaz de proporcionar una vía de salida al Yo atrapado entre la imposibilidad de desinvertir el objeto y la imposibilidad de continuar invistiéndolo>>.

Aquí vemos claramente que el trabajo de melancolía es un trabajo de elaboración psíquica que transforma el propio Yo del sujeto en un Yo nuevo, portador de los hábitos del objeto perdido. Esta solución original es la que define la melancolía.

Sabemos que a partir de aquí el Yo se va escindir y que una parte de él se retornará contra la otra parte, vejándola y humillándola.

Resumamos lo que sabemos acerca del trabajo de melancolía. En primer lugar, el trabajo de melancolía se inicia por una situación conflictual nacida de una pérdida de objeto. En segundo lugar, el trabajo de melancolía es un trabajo de transformación psíquica que acaba transformando al propio Yo por identificación con al objeto perdido. Finalmente, el trabajo de melancolía concluye en un nuevo objeto, el Yo se identifica al objeto perdido.

En 1976, Michel De M'Uzan describió una nueva variedad de trabajo psíquico que llamó el *trabajo de traspaso*. Se trata de una última tentativa para el Yo de responder a las condiciones extremas de la vida, las del fin de la vida. Para Michel De M'Uzan dos rasgos esenciales caracterizan la aproximación a la muerte: la expansión libidinal y la exaltación de la apetencia relacional. <<Estos dos movimientos que se dirigen el uno al otro, consisten en la actividad psíquica particular que yo nombré *trabajo de traspaso* pensando, desde luego, en el duelo, pero también en el sueño que a su manera responde a una exigencia del mismo orden>>.

Esta exigencia de la que habla Michel De M'Uzan, y que la encontramos en todas las variedades del trabajo psíquico, se impone al Yo debido a una sobrecarga de excitaciones y le obliga a encontrar una solución para conservar y preservar su unidad. En el trabajo de traspaso, cuando la vida se acaba, el Yo trata de transformar esta catástrofe existencial en un último momento de investidura libidinal.

Para Michel De M'Uzan, el trabajo de traspaso no puede realizarse más que entre dos, el sujeto moribundo y lo que él llama un objeto-clave, es decir, una persona que le ayuda de cerca.

Gracias a esta pareja, el sujeto moribundo puede encontrar por última vez una actividad libidinal, análoga, nos dice el autor, a la experiencia del bebé con su madre.

Hasta aquí, les he recordado las diferentes modalidades del trabajo psíquico que justifican la noción de *trabajo* y he confirmado la pertinencia durante los procesos psíquicos. Sabemos que la función principal del funcionamiento mental es el dominio de las excitaciones psíquicas sobre la base del respeto del principio del placer como muchas veces lo recordó Freud y, en particular, en el texto "*Pulsiones y destino de las pulsiones*" de la metapsicología de 1915.

Cada vez, lo que pone en marcha el trabajo psíquico, es un movimiento que nace con el displacer y que tiende hacia la búsqueda del placer, es decir, el deseo, movimiento que impone al Yo precisamente un trabajo para restablecer una situación de equilibrio psíquico. De esta manera, las condiciones iniciales de orden psíquico deben ser cuidadosamente identificadas ya que son ellas las que ponen en movimiento el trabajo psíquico. En cada una de las modalidades del trabajo hemos visto que las condiciones iniciales estaban representadas por una situación conflictiva que engendraba una sobrecarga de excitaciones psíquicas para el Yo. Sin derogar la teoría, podemos calificar esta situación inicial de traumática.

Ahora, hay que introducir en nuestro desarrollo teórico una noción fundamental para la comprensión de la noción del trabajo psíquico: la noción de Yo.

Ya que, si se habla de trabajo, se necesita un actor con el que este trabajo se desarrolla. Y hay también que identificar un operador que organiza la evolución de los procesos psíquicos.

Este actor, este operador, es el Yo. Si el Yo se define como una instancia psíquica desde el giro de 1920, Freud ya había definido una entidad nombrada Yo desde sus primeros trabajos psicoanalíticos en 1895. Les recuerdo la definición que había dado del Yo en "*El Proyecto*": <<Con la hipótesis de la atracción de deseo y la tendencia a la *represión*,

habíamos abordado ya un estado de “psy” que no había sido aún discutido; ya que estos dos procesos indican que se formó en “psy” una *organización* cuya presencia perturba las corrientes de cantidades que ocurrieron la primera vez de una manera determinada. Esta organización se llama el Yo y puede ser fácilmente presentada si se considera que la recepción regularmente repetida de una cantidad endógena en neuronas determinadas, y el efecto de fracaso que se produce, tendrá como resultado un grupo de neuronas que es investido de manera constante, que corresponde, pues, al soporte de provisión exigida por la función secundaria. El Yo debe ser definido como el conjunto de las investiduras psíquicas presentes en tal o tal momento en el seno de las que un constituyente permanente se separa de un constituyente cambiante>>.

De esta larga cita de 1895, hay que retener que el Yo es una organización que, en el seno del funcionamiento mental, se encarga de impedir todo movimiento generador de un estado de desamparo.

Y el Yo efectúa este objetivo mediante su *función de inhibición*, moderando el fluir de la energía psíquica de los procesos primarios y transformándola en una energía ligada en los procesos secundarios. Después del giro de 1920, Freud definirá el Yo como una de las instancias psíquicas y le reconocerá una función sintética de organización y de unificación de los contenidos psíquicos. Dicho de otra manera, una función de objetualización. Pero hay aún más. Si, como dice Freud, <<el Yo es ante todo un Yo corporal y no es simplemente un ser de superficie, sino la proyección de esta superficie>>, tenemos entonces que distinguir desde el punto de vista económico un Yo psíquico de un Yo corporal o un Yo de expresión psíquica de un Yo de expresión corporal.

Vimos que el trabajo de elaboración operado por el Yo es un trabajo principalmente de transformación. En las diferentes variedades del trabajo psíquico que hemos recordado más arriba, es el propio Yo el que se transforma mediante el trabajo de elaboración. Aquí tenemos que señalar una observación fundamental: en las diferentes modalidades del trabajo psíquico de los que hemos hablado, es el Yo psíquico el que se

transforma, mientras que el cuerpo no sufre ninguna modificación. Es en este punto que introduciré una nueva variedad de trabajo psíquico que modifica el cuerpo y el Yo cuerpo, al mismo tiempo que reduce el valor funcional de los procesos psíquicos. Esta nueva modalidad, la he llamado *trabajo de somatización*.

El trabajo de somatización es el conjunto de las transformaciones que realiza el Yo en una coyuntura traumática para acabar en una solución somática.

En el trabajo del sueño, el trabajo del duelo, el trabajo de melancolía, y el trabajo de traspaso, vimos que el Yo acaba en una solución psíquica. ¿Por qué, entonces, en el trabajo de somatización el Yo acaba en una solución no psíquica, sino somática? Pienso que se trata ante todo de una cuestión de orden económico. En el libro que Pierre Marty publicó en 1992, *Mentalización y psicósomática*, escribió lo siguiente: <<Podemos estimar, de una manera general que:

- Cuando las excitaciones pulsionales se muestran de importancia media y no se acumulan demasiado en un sujeto que, por otro lado, la mentalización es buena, tenemos la suerte de no asistir más que a la llegada de afecciones somáticas la mayoría de las veces espontáneamente reversibles.
- Cuando las excitaciones instintivas y pulsionales se muestran importantes y se acumulan en un sujeto quien, por otro lado, la mentalización es mala, se corre el riesgo de asistir a la llegada de afecciones somáticas evolutivas y graves>>.

De esta manera, según Pierre Marty, es el grado y la profundidad del estado traumático al que el Yo se confronta, el que va a determinar las posibles soluciones. Alguna vez, de orden psíquico o comportamental, otras veces, de orden somático. En los casos donde la solución somática es benigna y reversible, es el mecanismo de regresión el que está en causa y la economía libidinal permanece activa, si no efectivamente, al menos potencialmente.

En el caso donde la solución somática es grave y compromete el pronóstico vital, es el proceso de desorganización el que está en causa y la economía libidinal ha desaparecido totalmente o en

parte. Aquí, es la destructividad interna la que orienta ineluctablemente al Yo hacia la alteración de las funciones vitales. El trabajo de somatización concierne principalmente las situaciones traumáticas que llevan al Yo en un movimiento de desorganización psíquica e, incluso, hasta la desorganización de las funciones somáticas. Voy a enumerar ahora algunas referencias teóricas fundamentales, de orden psicosomático para mostrar cómo se desarrolla el trabajo de somatización.

### 1-La desaparición de la economía libidinal

El movimiento de desorganización va conjuntamente con la desaparición progresiva del valor libidinal de las formaciones psíquicas. A través de la aparición de la depresión esencial que acompaña siempre el movimiento de desorganización psíquica, podemos de la mejor manera reconocer la desaparición progresiva de la libido del campo psíquico. Recordemos que Marty la definió como un descenso del tono vital y una pérdida de las investiduras libidinales tanto narcisistas como objetales. Los efectos de esta desaparición de la libido afectan esencialmente al equilibrio del núcleo masoquista erógeno primario del Yo. A partir de aquí, la libido no es suficiente para neutralizar la destructividad interna en la aleación pulsional que forma con ella. La destructividad interna se difunde entonces libremente en el interior del Yo y más allá de sus fronteras.

### 2-La utilización defensiva de la pulsión de muerte

Habitualmente el Yo está más o menos bien equipado de instrumentos defensivos. Recordemos que Green estableció una jerarquía de las herramientas defensivas del Yo en el marco del trabajo de lo negativo: un primer nivel, de valor estructurante para el Yo, alrededor del mecanismo de la represión; un segundo nivel que trata de desestructurar el Yo de manera más o menos importante concierne los mecanismos de la negación, de la

forclusión y de la desmentida o renegación: finalmente, un tercer nivel con valor francamente desestructurante para el Yo, concierne lo que Green llamaba la auto-amputación del Yo. Esta última modalidad del trabajo de lo negativo, es la que opera en la desorganización psíquica. Aquí, frente al fracaso de todas las modalidades defensivas de orden psíquico, el Yo utiliza como último recurso, la pulsión de muerte debido a su función anti-excitación. Green, como Fain, señalaron ambos el papel de la pulsión de muerte en su función defensiva, Green en los estados límite, Fain en las desorganizaciones psicosomáticas.

## 2-La descalificación de la energía libidinal

En el movimiento de desorganización según Marty o de desobjetalización según Green, acabamos de reconocer el fracaso de los medios defensivos de orden psíquico para el Yo. La descalificación de la energía libidinal debe ser considerada como coextendida al movimiento de desorganización.

En consecuencia, la energía descalificada se vuelve una energía orgánica que se recanaliza en una función somática alterándola.

En definitiva, el trabajo de somatización conduce a la transformación del Yo cuerpo, mediante el desarrollo de una enfermedad somática, al mismo tiempo que preserva el Yo psíquico en sus relaciones con la realidad. Desde luego, en la preservación de sus relaciones con el mundo real, el Yo pierde todo el sabor y la riqueza de su antena psíquica. Es la razón por la que la vida operatoria tiene más un valor de supervivencia que de propiamente vida. En cuanto a la enfermedad somática, se vuelve para el Yo psíquico, empobrecido y huérfano, un *objeto nuevo* que ofrece al Yo nuevas posibilidades de reorganización o de reobjetalización. Como decía Freud, en *El Yo y el Ello*, en 1923, si la destructividad interna se muestra temible, tanto para las funciones psíquicas, como para las funciones somáticas, no debemos olvidar nunca a Eros y a sus capacidades de reintricar la destructividad con la finalidad de

reconstituir el núcleo masoquista erótico primario en el terreno de este objeto nuevo que es la enfermedad somática.

Para resumir, podemos decir que el trabajo de somatización evoluciona en dos tiempos. Un primer tiempo marcado del sello de lo negativo en el que opera el proceso de desobjetalización o de desorganización. Un segundo tiempo marcado del sello de lo erótico, a partir de la creación de un objeto nuevo, la enfermedad somática, donde opera un proceso de reobjetalización siempre potencialmente posible, pero jamás seguro.



